

CHABUCA GRANDA O LA FLOR DE LIMA

En su nombre, Chabuca Granda llegó a contener lo que de más elevado, grácil y fecundo ha creado el criollismo en la segunda mitad de nuestro siglo. La letra y la música de sus composiciones viven permanentemente en nuestros espíritus como si hubieran nacido con nosotros mismos. ¿Y qué mayor evidencia que ésta para reconocer la calidad de clásicas de sus excepcionales creaciones? La naturalidad de ellas, la fluidez con que brotan de nuestros labios en cualquier tiempo y lugar, el hecho que toquen fibras íntimas de nuestro ser, hace que ellas sean auténticas expresiones —por su acertado lenguaje y su galanura musical— de espacios fundamentales de nuestra propia alma. En ello se reconoce el atributo supremo que distingue a todo auténtico poeta: su genio de revelador de un sentimiento colectivo transmitido con la gracia y el rigor que sustenta todo gran arte. Y es que Chabuca fue poseedora de un espíritu hondo y misterioso, que percibía en la atmósfera de una ciudad, de una época, de una sociedad su esencia, su flor, su perfume de ser. En radicalidad de verdad, no hay cómo explicar el corazón de ese hontanar que es el alma humana. Y el alma de la sociedad. Y el único que logra aproximarnos a él, no por la vía de la razón, sino por el sendero espléndido de la intuición, es el artista. Y Chabuca fue una magnífica intuitiva. Y allí están cada una de sus inigualables composiciones para evidenciarlo. ¡Qué difícil sería encerrar en un concepto lo que es la limeñidad! ¡Pero cómo lo sentimos fácil y emocionadamente cuando unas voces, unas guitarras y un cajón se arrancan con "La flor de la canela"!

Pero Chabuca no sólo percibió magistralmente los perfiles del alma de su ciudad. También la sufrió. Con toda la gracia, con toda la elegancia y alegría que rezuman sus canciones, encuentro en ellas como una fina, una sutilísima melancolía. Y hay una que pareciera contener en su añoranza y en su ternura las claves de su suave tristeza: "El Puente de los Suspiros". Escucho, canto, releo la letra y no sé qué extraordinarios tesoros se ocultan en ella, como que es un documento confidencial escrito en las entretelas del corazón. Veo en esta extraña y bella canción una feliz compenetración poética entre la artista y la naturaleza, entre un rincón queridísimo de su Barranco, de nuestro Barranco, y la capacidad de humanizar esos objetos —el puente de madera, la quebrada, los ficus, la bajada de baños— hasta transformarlos en mágicas vivencias entrelazadas inextricablemente a la vida, a lo nostálgico, a los sentimientos más hondos de su cantora. Ese rincón amado, en su sencillez y calma, ha entrado una vez más en la inmortalidad a través de esa composición que transparenta raíces decisivas de la vida espiritual de la gran artista.

Como limeño, como barranquino, siento recorrer por las creaciones de Chabuca las grandezas, secretos y declinaciones de mi ciudad. Siento que ella, junto con dejarnos las esencias de personajes, atmósferas, tradiciones y lugares —"José Antonio"; "Fina estampa"; "Coplas a Pancho Graña"; "Ese arar en el mar"; "Adiós balcón... adiós"— nos dejó como herencia una vasta, una conmovedora elegía: la de una Lima que se va. Y no quise —¡y no quiero!— escribir lo otro: de una Lima que se fue. Me quedo afincado, resistiendo, aferrado a como dé lugar al transcurso del que se va, de aquello que no quisiera, que no quiero, que no admito eclipsado, ido definitivamente. Pero es así, hay que reconocerlo: ella amó a una ciudad que vimos llegar con heridas, maltrecha, pero resistente, encantadora, pulcra y vital hasta la década del cincuenta. Antes que el desborde migratorio y algunos alcaldes desatinados —los que debieron defenderla como propia heredad— colaboraran vergonzosamente en martirizarla, cercenarla y deformarla.

Ella cantó una Lima en la que aún vivían parientes nuestros en casonas de dos plantas con patios vetustos y macetones floridos, entre discretas mamparas, visillos tejidos a crochet por las abuelas y pianos afinados y prestos para la fiesa familiar. Una ciudad cuyas características antañonas persisten en rincones de Barranco y Miraflores donde aún perfuma la retama, la magnolia, el jazmín, y en donde las calles lucen aseadas y las casas no han sido todavía fortificadas con frías rejas de hierro y altos muros agresivos. ¿Cómo no saber perfectamente que los vales, marineras y coplas de Chabuca nacieron del amor a esa forma de ser, a esa gracia, a esa

pulcra sencillez? Esa ciudad acerca de la cual ella misma nos dice que "hasta 1950 no le daba valor al dinero. Cuando ser fino era más importante que ser rico, pues lo primero es una condición y lo segundo una situación. Y ser fino equivalía no sólo a ser elegante y distinguido sino a ser bien portado y, sobre todo, honorable." Y agregaba acerca de las limeñas: "Tan aseadas y femeninas; elegantes con cualquier cosa: se están yendo en el recuerdo". O la remembranza del conocimiento de la capital de la mano de su padre: "mi padre, don Eduardo Granda San Bartolomé, me la enseñó calle a calle... me enseñó a quererla y supe por él que cada casa no era un número sino una familia..." Y fue así que desde los veintiocho años en que compuso su primera canción, "Lima de veras", fue hilvanando las melodías cuyo protagonista es la ciudad: "Zaguán", "Callecita encendida", "Tún tún abre la puerta", "La flor de la canela"...

Este conjunto de canciones —y tantas otras— nos acompañarán siempre a los peruanos a donde vayamos. Y el mundo nos identificará por ellas. Y es un orgullo que sea así pues la belleza de ellas no sólo está en su espléndida calidad musical, sino que para los de fuera recogen esencias en las que se reconoce a nuestra legendaria ciudad. Recuerdo que alguna vez, hace de esto veinte años, de regreso por mar de Europa, estaba conversando con mi esposa en un restaurante de Bilbao cuando, inesperadamente, la radiola a monedas empezó a transmitir una hermosa versión de "La flor de la canela". ¿Quién la había puesto? Pronto lo supimos por el mozo de servicio que nos dijo: "los señores de la mesa contigua son marinos españoles. Los han escuchado hablar y por la manera de hacerlo saben que ustedes son peruanos: les han dedicado esta canción que a ellos les encanta y les recuerda a Lima". Por cierto que éste fue el inicio de una alegre y entretenida charla con esos gentiles caballeros.

Ya en los últimos años de su vida la admiramos en ese reducto de limeñidad que es "Zañó Manuel". Allí, resplandeciente a la luz del escenario, acompañada de guitarras y cajón, entonaba como fuego vivo las canciones que la hicieron célebre y en las cuales encerró, como en una delicada esfera de cristal, el ritmo y la donosura de una Lima estremecida por el caudal de sus mejores tradiciones. En esos días su rostro, su expresión, sus felinos ojos verdes denotaban el inexorable trabajo de la enfermedad agazapada. Así y todo, se iba consumiendo inflamada por su verbo, feliz en la generosidad suprema de cantarle a sus paisanos que iban noche a noche a escucharla embelezados, como participando de un ritmo del cual ha quedado un amoroso recuerdo en la memoria.

Escribo hoy estas líneas con nostalgia avivada por un incendio de crepúsculo rojizo barranquino de verano. Recordando con cariño entrañable a la gran dama que conocí y que vive en el alma del pueblo que canta sus preciosas composiciones. Pueblo que la lloró aquellos tristes días del 10 y 11 de marzo de 1983 en el convento de los Descalzos del Rímac, que la acompañó por el Puente y la Alameda y la despidió en el cementerio "El Angel". Gran señora que siempre estuvo presta al servicio de su patria como cuando me honró aceptando intervenir el 18 de enero de 1982, un año antes de su fallecimiento, en el homenaje que organizamos en el Instituto Nacional de Cultura para celebrar la fundación española de la ciudad, en la Plazuela de San Francisco, bajo el nombre "Antología de la música limeña". Líneas éstas que escribo en este año en que recordaremos el 3 de setiembre, los setenta de su nacimiento, y que serán ocasión para testimoniarle, una vez más, nuestro permanente homenaje.

Homenaje que se enriquece con este valioso documento por el cual hay que felicitar muy sinceramente a M. Gonzalo Bulnes Mallea, distinguido editor, periodista y director de la revista Barranco, la Ciudad de los Molinos, que es modelo de publicación dedicada a nuestro distrito. Bulnes Mallea es el esforzado autor de esta ofrenda, la más apreciable que puede tributársele a una insigne peruana: que la imagen de su vida llegue a sus compatriotas a través de estas páginas, es decir, del medio más noble para preservar la estampa querida de una gran compositora a quien todos sus compatriotas, y particularmente los barranquinos, debemos un sentido, perdurable y profundo agradecimiento.

Luis Enrique Tord